

bre caminos hasta entonces desconocidos, nuevos mundos de perfección y santidad para las almas.

Viendo y oyendo casi á su lado las ruinas y estrépito pavoroso que produce el naciente protestantismo, se apresta Santa Teresa á combatirlo de frente con las armas que su fe ardiente le inspira, plantando y cultivando en España vergeles en donde florece angelical castidad, erigiendo innumerables sagrarios al Dios del amor, y ofreciéndose, así ella como sus hijas, perfectísimos dechados de obediencia á sus legítimos superiores y preladados.

Viéndose contrariada en sus difíciles y arriesgadas empresas, acometidas á la mayor gloria de Dios, si por una parte trata estos asuntos con Dios Nuestro Señor en la oración, por otra escribe al rey Felipe segundo cartas, en donde se advierte la veneración y confianza que le inspira el piadoso monarca, su *único amparo en la tierra*, como ella le dice.

Criada en un siglo de aventuras y caballerías, no se da por satisfecha en los días de su primera juventud, si no tiene á mano libro nuevo de caballerías para leerlo, y aun ella misma se huelga en fantasear y escribir uno de esos libros en cuyas páginas empezaría á soltarse aquella pluma inmortal, que tan sublimes y maravillosas obras después nos ha dejado.

Mecida en noble cuna, conoce Santa Teresa de Jesús los gustos y aficiones de los grandes de aquella época, trata con ellos con gran despejo y donaire embelesador, para atraerlos á los caminos de fervorosa piedad, y son sus cartas á marqueses y duquesas, acabados modelos de discreción finísima, de graciosa cortesanía, de santificante jovialidad.

Espíritu superior levantado á las más altas esferas, trata con las almas más puras y santas de su tiempo, se enriquece con sus luces y consejos, y ella es á su vez, y sin sospecharlo siquiera, limpísimo y abundoso manantial en donde aquellas beben raudales de arcana sabiduría, que no pudieron aprender en los libros.

Rodeada de hijas innumerables, que forman su mejor corona, se tiene por la más miserable y pecadora de todas, se ejercita con rostro siempre alegre en los oficios más humildes, toma la rueca en sus manos, gusta de naturalidad y llaneza en el trato, toca y canta con las demás monjas las coplas que ella misma compone,